

Históricas Digital

James Creelman

Díaz, jerarca de México

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)

Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

XXVI

DÍAZ ABANDONA A JUÁREZ
Y SE CONVIERTE EN AGRICULTOR

Mientras duró la guerra y mientras se puso a prueba la independencia mexicana, el profundo valor moral, la gran elocuencia y la patriótica fidelidad de Juárez lo salvaron de las críticas o la oposición de sus compatriotas leales. Con el retorno a la paz, empezó a verse su debilidad como gobernante. El gran indígena poseía una mente legislativa y no de gobierno. Con el derribo de la tiranía eclesiástica su verdadera misión llegó a su fin.

Embelesado en la contemplación de las teorías de gobierno fundamentales que se había visto obligado a defender durante tantos años de adversidad, peligro y distorsiones, carecía de la suficiente flexibilidad mental para reconocer que el problema inmediato de México era de fuerza y habilidades mas no de principios.

Un concepto sólido de gobierno es que la ley debe estar al servicio del orden. En México había desorganización social y política, el país estaba en bancarrota y reinaba la anarquía. En todos los caminos man-

daban los bandidos, quienes invadían las grandes ciudades y saqueaban incluso en las calles de la capital. Se salvó la forma de gobierno republicana, pero por todas partes existía inseguridad en las vidas y bienes. El capital extranjero había salido del país y la actividad comercial estaba paralizada.

Mientras estuvo al mando de la ciudad de México, sin tener en cuenta el derecho ordinario, y aprovechando sus facultades especiales, Díaz puso fin de inmediato al pillaje al decretar que habría pena de muerte para quien robara cualquier cosa cuyo valor fuera aun de 25 centavos. Su mente clara y práctica se ocupaba de las realidades de la vida. Vio que el pueblo mexicano era sometido a juicio por el mundo civilizado y que mediante la fuerza aplicada en forma inteligente debía establecerse un nuevo orden de las cosas antes de que en la nación pudiera darse la reconciliación y la consolidación. Gobernante y administrador nato, su mente estaba fija en el propio gobierno más que en las teorías de gobierno, y pensaba en los objetivos de la democracia y no en los métodos específicos de la democracia.

Con este espíritu se dirigió a Juárez y señaló los espantosos efectos que tenía el bandolerismo generalizado, no sólo en las vidas y fortunas del pueblo mexicano, sino también en la reputación y el crédito nacionales alrededor del mundo civilizado. Le rogó al presidente que hiciera frente a la emergencia mediante una ley especial que autorizara la ejecución sumaria de bandidos y secuestradores. La salvación del país de la anarquía dependería de que se tomaran medidas rápidas y duras. El mundo debe saber que la república de México cuando menos fue capaz de mantener el orden público. Los inversionistas de otros países deben convencerse de que la nación protegerá las vidas y los bienes.

Juárez con su mente puntillosa no se atrevía a implantar el plan del soldado brusco para aplicar la justicia repentina y terrible a los bandidos. Concentrado aún en las formas exactas de la ley, aunque ésta se viera impotente, respondió que, bajo la Constitución, los salteadores de caminos tenían derecho a un juicio en los tribunales ordinarios. Eran ciudadanos de la república y no se les podía privar de sus derechos legítimos.

Entre los estadistas de todos los países hay grandes idealistas políticos, como Juárez, quienes ven la sociedad sólo a través de sus propios temperamentos. En una mirada introspectiva al dominio bien ordenado de su naturaleza moral personal, su tendencia no premeditada es minimizar o pasar por alto las enormes y en ocasiones irreconciliables diferencias existentes en las unidades sociales y políticas sobre las que debe tomar decisiones el gobierno. Otros, como Díaz, se ocupan de las realidades de la vida, ven el egoísmo, la superficialidad, la desigualdad, los antagonismos naturales, la opacidad moral, la incompatibilidad social y la ausencia de una clara conciencia cívica que se da entre las masas no desarrolladas del pueblo; reconocen que, si bien los objetivos de una sociedad sólida y estable son la protección justa e igual y las oportunidades para todos, la fuerza persuasiva del gobierno debe ejercerse a través de algunos y sobre otros. Para mentes como la suya, la paz y el orden forman el umbral indispensable hacia todo lo demás. No puede haber un sentido colectivo del deber donde no existe el sentido individual del deber. La ignorancia e incapacidad de un ciudadano, mexicano o de otro país, no puede convertirse en conocimiento y capacidad por el simple proceso de multiplicarlos varios millones de veces.

Tanto Juárez como Díaz fueron necesarios para la espléndida evolución del México moderno, y la importancia y el valor relativos de sus servicios a la nación deben determinarse mediante un sincero estudio de la naturaleza de las condiciones en que el liderazgo de cada uno se hizo permanente. Una vez definida la forma de gobierno y ya que ahora se ponía en duda el derecho de los mexicanos a conducir sus asuntos a su modo y para su propio y exclusivo beneficio, el nuevo problema era cómo garantizar la paz interna e iniciar el desarrollo material de un pueblo abandonado tanto tiempo a la política y la guerra.

Nadie veneraba las nobles cualidades de Juárez con más sinceridad que Díaz, sin embargo, su mentalidad práctica consideraba que por el momento la Constitución en todas sus partes no era tanto la expresión deliberada de la voluntad del pueblo mexicano con derecho al voto, sino un estandarte partidista, el cual se había vuelto sagrado debido a la sangre sacrificada en su nombre.

Descorazonado por la negativa de Juárez a enfrentarse decididamente a una anarquía armada tan abierta y tan generalizada que equivalía a la guerra, Díaz se retiró a cumplir sus deberes militares en Tehuacán y observar cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Entretanto el presidente, quien había herido los sentimientos de Díaz al desatender con frialdad sus urgentes comunicados oficiales, siguió retirando de sus cargos a los amigos del general y desatendiendo a sus viejos compañeros de armas, a quienes de improviso sacaron del servicio militar después de años de lucha en el campo de batalla, lo cual no les permitía estar en condiciones de ocupar de inmediato los empleos ordinarios de la vida privada en un país desorganizado y devastado.

Cuando volvió a la ciudad de México, Díaz le comentó al presidente el profundo dolor que sentía al ver que destituyeron de sus cargos a sus amigos, no sólo porque le causaron disgusto personal a sus compañeros de mérito en la guerra, sino porque la autoridad del gobierno era tan poco sólida que su política podría derivar en insurrecciones armadas, y él no creía poder ayudar a sofocarlas si tenía que combatir a sus amigos del ayer. En particular se quejó de la remoción del general Juan N. Méndez, el valiente y competente oficial a quien él había nombrado gobernador del estado de Puebla.

Juárez escuchó imperturbable los consejos y la protesta de su general, pero declinó modificar el rumbo de alguna manera. Ese incidente sirvió para acrecentar el distanciamiento que con el tiempo separó por completo a ambos hombres.

Juárez tenía un mes escaso en la capital cuando ordenó una elección para escoger nuevo presidente y un nuevo Congreso. Esto sustituiría a la elección nacional aplazada cuando el presidente y su gobierno se refugiaron en Paso del Norte durante la guerra de intervención. Al mismo tiempo ordenó celebrar un plebiscito popular para determinar si el presidente debería tener el derecho de un veto que suspendiera todos los actos del Congreso —el veto sólo sería derrotado por una mayoría de dos tercios— y también decidiera si los sacerdotes y otros eclesiásticos, privados de derechos políticos y excluidos de los cargos por las Leyes

de Reforma, deberían tener de nuevo el derecho a ocupar escaños como diputados en el Congreso.

El propósito de Juárez al proponer la rehabilitación política de los eclesiásticos era un intento magnánimo de promover la reconciliación en la sociedad mexicana. Quien había despedazado el poder de la Iglesia y la había despojado de su riqueza y privilegios, ahora en señal de paz proponía restituirle a sus clérigos el derecho de ser votados para un cargo.

Pese a toda su experiencia, Juárez equivocó fatalmente el momento. Lo reeligieron en la presidencia, pero su plan de conceder los derechos de ciudadanía al clero fue rechazado al calificarlo de medida reaccionaria. Los amigos de Díaz propusieron a éste como candidato para contender con Juárez y utilizaron su nombre a pesar de sus enérgicas protestas. El inoportuno esfuerzo de Juárez por restaurar la ciudadanía del clero, el cual sólo unas cuantas semanas antes había respaldado a Maximiliano en su intento por extinguir la república mexicana, revivió las viejas pasiones y los dirigentes políticos se separaron en grupos, los cuales se convirtieron en partidos políticos.

El presidente pronto se dio cuenta del error garrafal que cometió al introducir ese tema político explosivo en los asuntos nacionales, antes de que hubiese tiempo para que se enfriaran las intensas emociones surgidas durante los años de guerra.

En la recién elegida Cámara de Diputados dominaban los patriotas combatientes del ayer, con el acaloramiento de la batalla aún en la sangre. El presidente, quien había tenido pleno control hasta que sesionó el Congreso, ahora se enfrentaba al firme antagonismo de una oposición legislativa organizada, encabezada por el famoso orador Manuel María Zamacona.

Antes de que la moratoria declarada en la deuda externa mexicana hubiera dado a Napoleón III el pretexto para la invasión, Juárez había tenido una experiencia dolorosa con un Congreso locuaz y discutidor. Ahora sus problemas no se limitaban a los ataques en la oratoria. El presidente no sólo había amargado a muchos de los oficiales más valientes y valiosos en el ejército, quitándoles de repente el uniforme y dejándolos

en la indefensión de la vida privada, y destituyendo con dureza de su cargo a los amigos de éstos en todo el país, sino que dio de baja al grueso de la fuerza militar necesaria para mantener la tranquilidad en un país grande habituado a la insurrección como medio para corregir las injusticias y plagado de bandidos armados, el cual dependía para la paz de la virtud intrínseca de las instituciones democráticas, en una población para la que el autogobierno no pasaba de ser una idea vaga. Las leyes no se podían ejecutar solas y, aunque la Constitución era democrática, el pueblo mexicano todavía no había adquirido la unidad moral, el autocontrol y el sentido de responsabilidad individual existentes en una democracia.

Aquí y allá algunos grupos empuñaban las armas sin contar con un programa político. En la primavera de 1868, brotó una rebelión en Yucatán y fue sofocada. Los partidarios del general Huerta intentaron iniciar otra revolución en Michoacán. Hubo una insurrección en Sinaloa, encabezada por el general Ángel Martínez y el coronel Adolfo Palacio. En el Monte de las Cruces se produjo una revuelta de guerrilleros comandados por el general Negrete. Una rebelión más se originó en las montañas de Zacapoaxtla, en el estado de Puebla. Juárez más o menos extinguió todas estas chispas de revolución, pero una rebelión en Tamaulipas resultó ser más grave.

Desde su puesto en Tehuacán, Díaz observaba con ansiedad estos indicios familiares de la guerra civil que se acercaba. En privado había intentado hacer ver a Juárez las consecuencias inevitables de su política, pero fracasó. Como estaba al servicio de la república no podía aceptar ningún acto hostil hacia el gobierno, no quería ni pensar en empuñar su espada contra los viejos amigos quienes habían servido con él en el ejército por tanto tiempo y ahora estaban en franca rebeldía contra la política que él mismo creía que, de persistir, arruinaría a la república y la desacreditaría a los ojos del mundo civilizado.

Había tratado de abandonar el ejército y emprender una vida comercial, y Juárez lo había convencido de que no lo hiciera. Ahora, como verdadero soldado, convencido de que las acciones del partido en el poder significaban la ruina para el país, pidió de nuevo autorización

para retirarse del ejército sin paga, a fin de no tener obligaciones con el gobierno. El presidente intentó una vez más disuadirlo, pero en mayo de 1868 le otorgó su baja con pago completo. Díaz entregó después este dinero para reconstruir un puente en su ciudad natal.

Al abandonar su espada, el general le dejó en claro a Juárez que personal y políticamente no simpatizaba con el gobierno. En un momento en que su nombre era coreado de un extremo a otro del país como el único dirigente con la fuerza suficiente para impedir que la nación se suicidara en el plano moral y político, fue tan cuidadoso de evitar todas las obligaciones que pudieran colocarlo en una situación embarazosa para sus acciones futuras en México que incluso declinó establecer una conexión nominal con el ejército, de modo que, en el infortunado caso de una guerra civil, no pudiera tener acceso directo o indirecto al armamento o municiones del gobierno ni control sobre los mismos. Su determinación de no sumarse a la confusión general y darle a Juárez y a sus consejeros una buena oportunidad para restablecer el orden y situar a la nación en camino a la prosperidad, se aprecia en el hecho de que durante tres años y medio, a pesar de los apasionados llamados de sus amigos, se negó a volver a empuñar su espada.

Al retirarse a su ciudad natal, a Díaz lo recibieron en Oaxaca como héroe nacional y, el estado, más agradecido que la nación, le obsequió una casa y una finca conocida como La Noria. Allí, a las afueras de la ciudad, se asentó para llevar la vida tranquila de un agricultor, ataviado con un enorme sombrero y prendas de burdo algodón azul, y trabajar sus campos como cualquier otro hombre.

Nada podía haber sido más varonil o modesto que la vida del general en este periodo. Después de alejar de su mente la guerra y la política, se ganaba la vida trabajando arduamente con sus manos. Semana tras semana, mes tras mes, año tras año, caminaba entre la caña de azúcar, con una figura de impresionante sencillez. El soldado que se había distinguido con los instrumentos de muerte ahora sólo se preocupaba por las herramientas de vida. Quien había desdeñado los llamados de un emperador se conformaba con una carrera de duro trabajo manual.

Sin embargo, al recorrer las antiguas calles de la gris Oaxaca, con sus indígenas pobres, las ruidosas carretas tiradas por bueyes y las majestuosas iglesias, o sentado en su finca durante largas noches, con su esposa y sus hijos pequeños, le llegaron noticias de debilidad y guerra a lo largo del país. En ningún lugar había un signo de liderazgo lo bastante fuerte o sensato para que México se alejara de los desacuerdos y la guerra para tomar senderos de paz y provecho.

En el año 1869 surgieron nuevas rebeliones contra el gobierno, al parecer sin ningún plan político definido. Estalló una revuelta local en San Luis Potosí, pero la sofocaron. En la ciudadela de Mérida, Yucatán, hubo otra conspiración, con la que acabó el comandante militar, fusilando a algunos de los conspiradores. El 3 de febrero de 1869, el general Negrete, quien se había ocultado, volvió a pronunciarse contra Juárez, encabezando una revuelta en la guarnición de Puebla. El general Alejandro García lo persiguió e infligió una derrota aplastante a sus fuerzas en San Martín Atexcal. El 27 de febrero, el general Diego Álvarez anunció que había suprimido una rebelión local en el estado de Guerrero. Pusieron fin a la revuelta en Tamaulipas, pero una revolución iniciada en San Luis Potosí en los últimos días de 1869 se reavivó en 1870 bajo el liderazgo del general Francisco Aguirre. Juárez mandó a los generales Larrañaga y Pedro Martínez con tropas para aplastar esta revolución, pero en cambio se unieron a los revolucionarios. En este dilema Juárez envió al general Rocha, quien tuvo éxito en San Luis Potosí, pero los revolucionarios lo vencieron más tarde en Puerto de San José.

Por todas partes, el pueblo se levantaba en armas. El grito de descontento con el gobierno se esparció rápidamente. La fuerza aglutinante de los principios democráticos, de los cuales dependía Juárez, no satisfizo a un pueblo desempleado, oprimido e inquieto por las condiciones de anarquía, y que no podía ver ninguna promesa de mejoramiento en la política del gobierno.

Con alrededor de 6000 revolucionarios de San Luis Potosí, el general García de la Cadena marchó sobre Guadalajara, pasó por los alrededores y siguió hacia el sur. Una fuerza gubernamental al mando del general Rocha derrotó a 6000 insurgentes en Lo de Ovejo. Luego los generales

García de la Cadena y Pedro Martínez viajaron al estado de Zacatecas con unos 2800 hombres, y derrotaron a una fuerza gubernamental encabezada por el general Donato Guerra en Villa Nueva, después de lo cual ocuparon la capital del estado, donde se mantuvo la revolución, mientras que el general Martínez, con la mitad de las tropas insurgentes, se dirigió a Tamaulipas. El general Guerra, con refuerzos del gobierno, prosiguió su campaña contra el general Cadena, mientras el general Rocha, con tropas del gobierno, siguió a los insurgentes del general Martínez, a quienes finalmente derrotó el general Treviño. Entretanto el general Guerra sofocaba la rebelión en Zacatecas. Con el tiempo los rebeldes comandados por Martínez en Tamaulipas fueron vencidos por el general Corella.

Por el momento Juárez frenó la resistencia armada. De todos modos, los asuntos del país eran confusos y no existía un principio de autoridad real en la república, suficiente para fomentar algo que no fuera una paz temporal y sombría.

Durante todo este periodo de conflictos, pobreza e inseguridad, Díaz rehusó prestar su nombre o influencia a los desórdenes que seguían haciendo naufragar la de por sí desdichada suerte de México. Le llovían amargas quejas por todos lados. Los amigos que se mantuvieron con él en tantos campos de batalla trataron en vano que dejara su finca por los asuntos nacionales.

Muy consciente de que Díaz le había retirado todo su apoyo a Juárez, y que tal vez él solo tenía la suficiente fuerza para organizar una oposición eficaz, los periódicos afines al gobierno comenzaron a atacar y ridiculizar al general en su retiro voluntario. Él no respondía a su brutalidad y maldad hiriente. Casi no cabe duda de que por altruista que fuera, a Juárez le irritaba muchísimo la creciente popularidad de Díaz. Ambos eran originarios de Oaxaca. Debe haber lastimado el orgullo del presidente darse cuenta de que su propio estado le confriera multitud de honores a aquél que había roto con él. ¿A qué grado fue Juárez responsable de los despiadados y persistentes sarcasmos contra su antiguo comandante en la prensa de la administración? Nunca se podrá saber. Esta absurda campaña de comentarios despectivos y burlas primero

desconcertó y luego exasperó a Díaz, sin embargo, en esas delicadas circunstancias nada podía empujarlo a entrar al vendaval.

No obstante, el silencioso agricultor de Oaxaca no era indiferente a los infortunios de su pueblo. En la tranquilidad de su aislamiento examinó la historia de su país, desde la época en que sus altares chorreaban sangre humana y sus omnipotentes sacerdotes eran caníbales, pasando por los siglos de tiranía española y la destrucción que causaron, la terrible lucha por la independencia hasta el prolongado caos de la guerra civil que siguió a la adopción de la constitución democrática anglosajona para el gobierno de las masas carentes de educación, cuya historia remota y origen racial seguían siendo un misterio. Aun ahora México temblaba con su antigua pasión por la rebelión armada: inútil y sin rumbo. Había fuerza en este espíritu de independencia, esta disposición a sangrar y morir, si podía impedirse que se dispersara en la irreflexión y el desorden tangencial.

El presidente Juárez ahora representaba el estancamiento nacional. El triunfo de los principios de independencia y autonomía en sí mismo carecía de resultados. Lo que se requería era una iniciativa audaz y poderosa que pudiera ir del pasado al futuro y tomar decididamente el camino práctico hacia la prosperidad.

Todo este tiempo Juárez estuvo luchando con lo que solía ser la dificultad crónica de las administraciones mexicanas, un erario en problemas. Los gastos nacionales ascendieron a \$20 000 000 anuales, con ingresos cercanos apenas a \$14 000 000. La desmoralización del servicio aduanal era tan grande, a causa del contrabando y la corrupción e ineficiencia oficiales, que se calculaba que de cada dólar pagado en derechos al gobierno, apenas recibía de 13 a 18 centavos.

En tales circunstancias, era imposible mantener un sistema policial efectivo. Los delitos violentos se incrementaban en un porcentaje aterrador. Se hizo común secuestrar a hombres ricos y retenerlos para obtener un rescate. Dos años después que Juárez había rechazado el consejo de Díaz de adoptar métodos sumarios para erradicar esos delitos, el presidente solicitó al Congreso la facultad para fusilar a los secuestradores sin mediar juicio. Los debates fueron tormentosos y atacaron violentamente

a la administración del gobierno. Al principio rechazaron la facultad, pero más tarde, en 1869, la concedieron a regañadientes.

En el propio ejército existía descontento, ya que los oficiales no recibían su salario y tenían pocas esperanzas de que les entregaran los pagos atrasados por sus servicios en la lucha contra los franceses y el Imperio.

La actividad comercial iba de mal en peor. El bandolerismo seguía floreciendo. Las ciudades eran insalubres y su mantenimiento, inadecuado.

Casi toda la población, la que estaba a favor, la que estaba en contra y la que no tenía posición esperaba que Díaz remediara estos males. Que el distanciamiento y el descontento en México eran reales, y que existían en forma independiente de Díaz, lo prueba el hecho de que hubo rebeliones contra el gobierno en 1870 en territorios hasta entonces separados como el noroeste de la república y la península de Yucatán a miles de millas entre sí.

Al analizar a fondo las intolerables condiciones del país, Díaz llegó poco a poco a la conclusión de que para garantizar una paz permanente, en la cual pudiera empezar la labor de aumentar las riquezas del país y el empleo inteligente de sus energías, sería necesario encaminar ciertos elementos de los conflictos por un curso definido, con una política sana y práctica en perspectiva, y para lograr esto él mismo debía tomar la iniciativa.

Todavía con la esperanza de que mediante métodos pacíficos el país pudiera salvarse de un regreso a la anarquía, en septiembre de 1870 a Díaz lo eligieron de nuevo para el Congreso. A su llegada a la capital de inmediato lo rodearon los líderes de la oposición a Juárez, quienes lo instaron a unir a los elementos progresistas del país asumiendo el liderazgo general del movimiento. El crimen era endémico, la industria estaba postrada, el capital se había visto obligado a abandonar los negocios. Díaz no tenía obligaciones para con el presidente, quien había herido mucho su orgullo y perseguido a sus amigos. Desde Oaxaca le escribió a Juárez, informándole lisa y llanamente que no aceptaría sus favores y que no podía apoyar su administración. No obstante,

vaciló antes de repudiar al gran zapoteco, aun por el bien de su país. Encontró que el nuevo Congreso era igual de parlanchín y trivial como aquél en que fuera diputado en 1861: perdía el tiempo en hablar y en obstruir. Díaz no veía esperanzas de paz y prosperidad en los debates legislativos o las intrigas parlamentarias. Los hechos exigían iniciativa, fuerza y valor del ejecutivo.

Disgustado por las ruidosas reyertas del Congreso y la debilidad del ejecutivo en la administración nacional, el general regresó a La Noria y reanudó su trabajo con la caña de azúcar.

El principio de la guerra civil actuaba de nuevo en forma poderosa en la nación. En 1871 se produjo una rebelión en Tampico, encabezada por el teniente coronel Máximo Molina, quien utilizó las tropas gubernamentales para ponerse al frente del alzamiento y puso a Tampico a la defensiva. El 11 de junio, el general Rocha, en representación del gobierno, atacó la ciudad con gran valentía y, después de una batalla que duró hora y media, la tomó. Los líderes fueron ejecutados. Los indígenas mayas de Yucatán se retiraron de las principales ciudades y permanecieron indefinidamente en armas contra el gobierno.

Pese a la confusión e insatisfacción generales, Juárez se presentó en 1871 como candidato a un cuarto periodo presidencial y su ministro, Lerdo de Tejada, obtuvo la nominación como opositor. Las noticias causaron gran agitación política.

En esta crisis Díaz aceptó ser candidato a presidente como contrincante de Juárez. Se dice que si Díaz no hubiese retirado antes su apoyo a Juárez, el presidente habría rehusado ser candidato y propuesto al general como su sucesor. Sea como fuere, la campaña electoral resultó enconada. Los partidarios de Díaz aducen que él obtuvo la mayoría de votos. Incluso don Matías Romero, el brillante estadista y diplomático, que trabajó en el gabinete tanto de Juárez como de Díaz, hizo el compromiso deliberado de escribir en 1892 su opinión de que “en la elección presidencial celebrada en junio y julio, en 1871, el general Díaz recibió un mayor número de votos que el propio Juárez, a pesar del gran servicio que este último prestó a su país, y que era el presidente constitucional de la república durante la elección.”

Pese a esto, el nuevo Congreso, que dominaban los partidarios del presidente, declaró a Juárez presidente electo para otro periodo. La oposición se enfureció. A Juárez lo acusaron a voz en cuello de haber falsificado los resultados de la elección para conservar un poder que no sabía cómo emplear. En previsión de esto, el gobernador del estado de Nuevo León, el general Treviño, repudió públicamente al gobierno de Juárez y había declarado que Díaz era el presidente de México. Dos semanas después de que el Congreso anunciara la reelección de Juárez, en la capital hubo un levantamiento armado en su contra y los insurgentes se apoderaron del arsenal. Esta rebelión la encabezaron los generales Negrete, Chavarría y Toledo. Juárez estaba cenando en el palacio cuando se enteró del brote y mandó al general Rocha con una brigada de infantería para atacar el arsenal y al general Guerra con una brigada de caballería para cortar todos los caminos de escape. El general Rocha había intentado renunciar al ejército varias veces para ser parte de la oposición. Sin embargo, al tener obligaciones de soldado, capturó el arsenal a la media noche después de varias horas de ardua lucha. Juárez hizo que ejecutaran de inmediato a los líderes insurgentes. Los levantamientos en otras partes del país fueron reprimidos en forma sangrienta.

Los líderes de la oposición al gobierno de Juárez se reunieron en la casa del general Pedro Ogazón, más tarde ministro de Guerra, en la ciudad de México. A Díaz le suplicaron que incorporara su fuerza al movimiento y se erigiera en líder. Los oradores insistieron en que sólo la guerra podría derrocar a la administración perpetuada por el fraude y evitar que México volviera a la anarquía. Por último, el abogado Vallarta, más tarde presidente de la Suprema Corte, se puso de pie y en un discurso apasionado, señalando a Díaz, quien estaba sentado en silencio y renuente, gritó que si el general rehusaba encabezar un movimiento absolutamente necesario para la vida de la nación mexicana no pasaba de ser un traidor. Al general le centellearon los ojos y la sangre se le agolpó en el rostro, sin embargo apretó los dientes y se quedó callado.

Pero la matanza de insurgentes en la capital hizo que entrara en acción la naturaleza que había resistido todos los llamamientos anteriores. El suelo de México se humedecía de nuevo con la sangre mexicana.

Un panorama espantoso de guerra civil se presentó en la mente experimentada de Díaz. Mediante un golpe decidido se podría poner fin al derramamiento de sangre.

Con esa visión ante los ojos, el 8 de noviembre de 1871, el general firmó y envió desde su casa en la finca de Oaxaca su célebre programa político conocido como el Plan de La Noria, donde repudió al gobierno, declarando que la reelección forzada y violenta de Juárez había puesto en peligro a las instituciones nacionales; que una mayoría desvergonzada en el Congreso había prostituido la legislatura nacional con el poder ejecutivo; que los jueces se habían convertido en agentes dóciles del gobierno ejecutivo; que la soberanía de los estados se había sacrificado al capricho ciego del poder personal; que el gobierno había suprimido la voluntad del pueblo por medio de carnicerías bárbaras; que los ingresos públicos se dilapidaron y que las deudas nacionales y extranjeras quedaron sin liquidar y que, en general, no se habían cumplido las promesas de la Constitución. El Plan de La Noria proponía una convención de tres representantes elegidos popularmente para adoptar un programa de reconstrucción constitucional y seleccionar un presidente. La esencia de esta protesta era la oposición a que Juárez continuara de modo indefinido en el poder.

El siguiente fragmento característico indica el estado de ánimo en que Díaz desenvainó su espada:

Durante la revolución de Ayutla salí del colegio a tomar las armas por odio al despotismo: en la Guerra de Reforma combatí por los principios, y en la lucha contra la invasión extranjera, sostuve la independencia nacional hasta restablecer al gobierno en la capital de la república.

En el curso de mi vida política he dado suficientes pruebas de que no aspiro al poder, a cargo, ni empleo de ninguna causa; pero he contraído también graves compromisos para con el país por su libertad e independencia, para con mis compañeros de armas, con cuya cooperación he dado cima a difíciles empresas, y para conmigo mismo, de no ser indiferente a los males públicos.

Al llamado del deber, mi vida es un tributo que jamás he negado a la patria. Mi pobre patrimonio, debido a la gratitud de mis conciudadanos, medianamente mejorado con mi trabajo personal, cuanto valgo por mis escasas dotes, todo lo consagro desde este momento a la causa del pueblo. Si el triunfo corona nuestros esfuerzos, volveré a la quietud del hogar doméstico, prefiriendo en todo caso la vida frugal y pacífica del oscuro labrador a las ostentaciones del poder. Si por el contrario nuestros adversarios son más felices, habré cumplido mi último deber con la república.

Así fue como Díaz empuñó las armas una vez más. En su rostro apareció el antiguo gesto de lucha. En una acción de supremo valor moral había elegido entre Juárez y México.